

GASPAR HERNÁNDEZ

AE
& I



Gaspar Hernández



La terapeuta

Depende mucho de la psicóloga, demasiado. Pero eso no le viene mal. No solamente porque hoy por hoy no sabría qué hacer sin ella, ni podría mantener a raya los pensamientos ansiosos, ni podría actuar en el Teatro Romea, sino porque se siente atraído por ella, tal como se supone que le debe de pasar a la mayoría de los hombres que se ponen en manos de una psicóloga. Se llama Eugenia Llord, y la conoció hace casi dos semanas, la noche del asesinato. Desde entonces se ven cada día: una especie de terapia intensiva. Una hora por la mañana, en la consulta, y casi dos horas por la noche, en el Teatro Romea, adonde ella acude como si fuera una espectadora normal y corriente. Se sienta en primera fila, en la butaca número dos, que él puede ver desde cualquier punto del escenario.

—Iré por si acaso —le dijo al principio.

Y no ha dejado de acudir.

Por la mañana, en la consulta, lo que él tiene que hacer es recordar la noche del asesinato. No lo recuerda todo, ni mucho menos. Lo que más recuerda es la mirada de la víc-

tima, Marina C., una mirada en la que no había rabia ni odio, sino desconcierto, como si la pobre chica no entendiera por qué le habían disparado ni por qué se estaba desangrando. Intuía lo que más tarde ha terminado por saberse: que todo fue un error. Según fuentes policiales, un error relacionado con un asunto de drogas. No era a Marina C. a quien querían matar.

La primera persona que él, Héctor Amat, ha visto morir en cuarenta y cuatro años. Hasta ahora los dramas los había vivido en el escenario. Con la salvedad de que no se puede decir que viviera un drama; únicamente fue un espectador involuntario. Pasaba por allí, salía de trabajar del Romea, había ido al aparcamiento Ciutat Vella a buscar el coche para volver a casa. Tuvo suerte, no resultó herido (al menos físicamente).

Al cabo de un rato, no recuerda si mucho o poco, cosa que en estos momentos le preocupa, porque cree que debió llamar a urgencias inmediatamente (pero ¿cómo podía llamar, si no tiene teléfono móvil?), al cabo de un rato llegó Eugenia Llort. Era su primera guardia como psicóloga de emergencias. Lo acompañó. Lo apaciguó con sus manos blancas, venosas.

Desde aquella noche se siente desamparado ante la realidad. Tiene ansiedad. La ansiedad, de hecho, está ahí desde hace tiempo, pero hasta ahora no la había llamado así. No había puesto nombre a unos síntomas —la opresión en el pecho, el ritmo cardiaco acelerado— que la visión del asesinato ha multiplicado por diez, por cien.

Hasta ahora había oído hablar de la ansiedad, como

todo el mundo, pero la relacionaba con personas nerviosas (y el suyo era un temperamento más bien tranquilo). Hasta ahora pensaba que la ansiedad era el nudo en el estómago al subir el telón. O bien que los ansiosos eran los otros, los actores histriónicos, de un carácter eruptivo. Actores desequilibrados. Y él, que se vanagloriaba de muy pocas cosas —tan solo de haber interpretado a lo largo de veintidós años algunos papeles de manera digna—, se veía a sí mismo como un hombre equilibrado, con los pies en la tierra.

Ahora ha perdido el equilibrio. No solo mental, también físico. No sabe exactamente si tiene mareos o vértigo, no sabe si es él quien da vueltas o lo de afuera. Por suerte estos días interpreta un personaje que bebe más de la cuenta, y los espectadores creen que sus andares torpes son intencionados, hasta el extremo de que lo aplauden. Tiene su gracia —por no decir que es patético— que a él, que es abstemio, lo aplaudan por interpretar a un tipo que no sabe beber.

El problema grave es el miedo. Eso es harina de otro costal. Según la psicóloga Llort, su sistema nervioso primitivo se ha vuelto hipersensible: intuye peligros donde no los hay. En la calle, mientras va andando, tiene miedo de abalanzarse sobre la gente. Y se pasa toda la tarde temiendo sufrir, por la noche, un ataque de ansiedad en mitad de la función ante cientos de espectadores. Como le ocurrió al también perfeccionista Daniel Day-Lewis. En 1989, mientras interpretaba *Hamlet* en el National Theatre de Londres, Day-Lewis comenzó a tener convulsiones y a llorar. No es cierto, como se ha especulado, que viera el fan-

tasma de su padre. Sufrió un ataque de pánico, se marchó corriendo, dejó la representación a medias y desde entonces no ha vuelto a hacer teatro.

Si Héctor tuviera un ataque de pánico a media función, tendría que pedir la baja. Pero en Barcelona, a diferencia de Londres, no hay actores suplentes. En caso de que él se cogiera una baja, la obra que representa actualmente en el Romea, *Suave es la noche*, se tendría que suspender.

Va tirando gracias a la psicóloga. La ve como una especie de entrenadora personal, o una psicóloga de cabecera. Una psicóloga que, por la mañana y por la noche, lo protege de sí mismo, de sus pensamientos ansiosos. Y no porque él se lo haya pedido, no por un capricho de actor, sino porque ella, hoy por hoy, tiene pocos pacientes en la nueva consulta y puede ofrecerle su apoyo en cualquier momento.

La psicóloga Llort, la espectadora Llort. Provista de todas las virtudes: recta, disciplinada y, al mismo tiempo, con una gran dosis de humanidad. A veces, para sí mismo, la llama «la mujer perfecta», dado que siempre encuentra la actitud y las palabras oportunas para cada ocasión, sin retraerse ni excederse. Se agradece un poco de contención, por contraste con la desinhibición verbal y corporal de la que la mayoría de los actores y actrices hacen gala. En el transcurso de una conversación pasan de la inanición y el desmayo a la patochada y la histeria.

Él se pregunta hasta qué punto es eficaz la terapia o la terapeuta. La afabilidad exquisita con la que lo trata. La afabilidad: un medicamento que va liberando su principio activo.

O quizá lo efectivo es la manera en que lo escucha. Las parejas que él ha tenido hasta el momento —la mayoría actrices salvo la última, Ruth, periodista que ahora quiere ser su «mejor amiga»—, las parejas que él ha tenido hasta el momento no lo escuchaban tanto. Escuchan más bien poco, las actrices. De hecho, hoy en día poca gente escucha. Las mentes sobrecargadas de estímulos: desde el escenario se ven las pantallitas de los teléfonos móviles encendiéndose, apagándose.

Eugenia Llort lo escucha con un aprecio sincero, como si fuese una amiga, o una conocida que deseara ser amiga y que se interesara por él. Una buena entrevistadora: también parece eso. De vez en cuando salen de la consulta y pasean para que él vaya perdiendo los miedos y los vértigos. Entonces, como le aburre hablar de él, se permite alguna salida de tono, alguna exageración, y ella ríe, lo toma del brazo. Así pues, hay complicidad. Ella se ha pintado los labios y se ha arreglado con trajes elegantes de tonos amarillos, grises; la raya de los pantalones, impecable. Usa perfumes franceses. ¿Se arreglan tanto las psicólogas? ¿Y si se arregla para él?

Es inevitable que haga este tipo de conjeturas: el personaje que interpreta en el Teatro Romea, Dick Diver, es un psicólogo que abandona su carrera después de enamorarse de una paciente. Y a pesar de que la situación de Héctor no tiene nada que ver con la de Dick Diver —para empezar, él es el paciente—, no puede evitar fantasear con todo lo que podría dar de sí una aproximación a Eugenia Llort. Si es que este acercamiento no se está produciendo ya. Si es que no hay algo más entre ellos dos.

Es consciente de que ahora la prioridad es otra: dejar de tener miedo, recuperar la normalidad. Pero ¿acaso las fantasías no forman parte de la normalidad? ¿No forma parte de la normalidad sentirse atraído por la mujer a la que le abres tu mente? ¿Hay algo más íntimo que abrir la mente a alguien? ¿El sexo? Hoy en día, desde luego que no. En el escenario debe haber poco sexo; queda maquinal, ridículo.

Se despiden a las doce del mediodía, y por la noche se vuelven a ver, aunque en otro contexto —en el Teatro Romeo—, en el que ya no pueden charlar. Ella se sienta como si fuese una espectadora más, en primera fila, en la butaca número dos. Mientras él actúa, cuando finge que está ensimismado, aprovecha para mirarla de reojo. Teóricamente, él actúa para doscientos espectadores, a veces trescientos, incluso cuatrocientos; pero, en función de cómo está sentada ella, de si la oye reírse o toser —cosa que, en el Romeo, un teatro pequeño, es fácil que suceda—, en función de las reacciones de ella, él matiza la interpretación.

—Iré al Teatro Romea por si acaso —le dijo ella el primer día de terapia.

Y no ha dejado de acudir.

Los compañeros bromean acerca de su «admiradora» —así la llaman—, a pesar de que saben muy bien que él no tiene muchas admiradoras. Solamente ha protagonizado dos series de televisión. No ha hecho películas, ni ha «triunfado» en Hollywood. Últimamente se dedica de manera exclusiva al teatro. Quiere tener al público enfrente, sentirlo reír, respirar; el público como un todo. ¿Qué gracia tiene actuar ante una cámara? Además, le desagrada el proceso industrial de las series: se hacen como salchichas.

«¿Qué tal con la nueva admiradora?», le preguntan los compañeros con un tono jocoso. Otro punto a favor del teatro: esa sensación de equipo, el compañerismo, los abrazos. Nada de encerrarse en una caravana a la espera de la siguiente escena.

«¿Qué tal con la nueva admiradora?» A sus compañe-

ros les intriga que la psicóloga esté allí día sí, día también. No obstante, la terapia no tiene nada de extravagante, es la que se suele hacer en estos casos. El primer día, la psicóloga Llorc le dijo que seguirían los mismos pasos que si tuviera miedo a volar. En ese supuesto, irían juntos al aeropuerto del Prat y pasearían por dentro de un avión que no tuviera que despegar. Luego cogerían juntos un vuelo, dos, tres, los que hicieran falta.

—Y no tendrías que preocuparte —añadió con voz firme—. Yo estaría sentada a tu lado.

No tendría que preocuparse. Se le quedó grabada esa frase. Como si, en lugar de una psicóloga, fuese un ángel de la guarda.

En efecto, estuvieron paseando por la Rambla y por la calle del Hospital, entraron en el Romea, vacío en aquel momento, y caminaron por allí, como si se tratase de un avión que no tuviera que despegar. Al cabo de un rato, él recuperó la seguridad para actuar. La seguridad en los propios recursos: la había perdido.

Aquel día, el domingo, el día después del asesinato, se había desvelado cuando llevaba cuatro horas durmiendo. Había tenido el primer *flashback*, la mirada de la chica malherida, llena de desconcierto. No era la primera vez que había visto a aquella chica, eso estaba claro. Aquella cara le sonaba de algo, pero no sabía de qué. Ni lo sabe aún. La amnesia: una parte de su cerebro quiere protegerlo y guarda bajo llave algunos recuerdos.

Él había permanecido con la chica durante un buen rato, pero no recordaba si había perdido el conocimiento,

lo que debía de querer decir que sí. Vaya manera de ayudar a la pobre chica, desmayándose. No obstante, era la primera vez que veía una muerte violenta. Hasta entonces, la muerte solo había sido una herramienta, en el escenario, para alimentar la imaginación de los vivos. Los asesinatos formaban parte de la sección de sucesos —¿aún existía la sección de sucesos?— de los periódicos que ya no leía. Desde hacía medio año tampoco tenía teléfono móvil, y había dado de baja la línea ADSL. Demasiadas interrupciones, demasiados estímulos. Él no se consideraba un *artista*, sino un currante. «Trabajas muy bien» era el elogio que más le repetían sus seguidores. Bien o mal, trabajaba mucho. Se pasaba semanas, meses, metiéndose en la piel del personaje. Y para conseguirlo necesitaba aislarse del mundo exterior, vivir en una especie de burbuja. Su mente limitada tenía que estar libre. Antes lo conseguía sin mucho esfuerzo. Ahora todo eran distracciones. Las conciencias de la población como un continente invadido por las nuevas tecnologías.

A media mañana del domingo había sonado el teléfono fijo. Lo llamaba aquella mujer tan amable que la noche anterior lo había ayudado en el aparcamiento a rehacerse del crimen y que —en ese preciso momento acababa de enterarse— era psicóloga. Él no sabía que hubiese psicólogas que acompañaban a las ambulancias. ¿Eran de la seguridad social? ¿No recortaban psicólogos, con la crisis? Una llamada de seguimiento. Se llamaba Eugenia Llort y quería saber cómo se encontraba. Luego le había dado su número de teléfono. Él le había agradecido la llamada mien-

tras pensaba que no necesitaba para nada una psicóloga. No había sufrido ningún daño, no necesitaba ayuda psicológica, nunca la había necesitado: sus heridas psíquicas, las de un hombre normal y corriente, las exteriorizaba encima del escenario. Además, acudir a un psicólogo habría supuesto analizarse, y él no quería mirarse el ombligo: los interesantes eran los otros. Nunca antes en la historia se había dado tanta importancia al yo: lo que me gusta, mis amigos, lo que pienso, lo que siento. En el escenario tienes que desprenderte del ego. Si no, te estás interpretando a ti mismo.

Después de comer había cogido el metro para ir al centro a trabajar, al Teatro Romea, y había sido precisamente mientras bajaba por la Rambla cuando lo había asaltado *aquello*. Una fuerte opresión en el tórax. Palpitaciones. Le costaba respirar.

¿Estaba sufriendo un ataque al corazón? ¿Se estaba muriendo? Nunca había experimentado nada parecido. La sensación era de irrealidad. La visión de lo que había a su alrededor —los peatones, los puestos de flores, los quioscos—, todo se desdibujaba como una acuarela mojada.

No recordaba cuántos minutos había permanecido sentado en el suelo, en medio del gentío. Cuando se había visto con fuerzas para levantarse, había ido a una cabina para llamar a la psicóloga, si bien es verdad que mientras la llamaba estaba pensando que debería ir a urgencias, que aquello no había sido nada de tipo psicológico.

Al poco rato se habían encontrado en Canaletas. Una mujer más alta de lo que recordaba de la noche anterior.

La suya era una belleza indómita; los ojos oscuros, directos. Pero parecía querer compensar aquel físico intimidante con un aire tímido, alusivo.

Él le había contado lo de la sensación de irrealidad, de acuarela mojada. Era actor y al cabo de menos de dos horas tenía que actuar, no podía dejar la función, estaba acostumbrado a trabajar con gripe, con fiebre, con dolor de muelas. En Barcelona no había actores suplentes.

—No te preocupes —dijo ella—. Yo te acompañaré al Teatro Romea.

Como si aquel fuese el medicamento que pudiera aliviarlo: que lo acompañasen. Que *ella* lo acompañase.

Mientras paseaban Ramblas abajo, le había explicado con un tono de voz pedagógico que no había sufrido ningún infarto ni había estado a punto de morir. Sí, era lógico que se hubiera asustado; pero una crisis de ansiedad no era algo grave. Lo importante era que hiciese lo que tuviera previsto, que no dejase de hacer nada por miedo. Y fue allí, justo en la esquina de la calle del Hospital, donde él se dio cuenta de que en efecto tenía miedo. Miedo del miedo. Miedo de volver a sufrir *aquello* que no se parecía a nada. ¿Cómo es que a él le había dado tan fuerte?, pensaba mientras seguía caminando, poco a poco. ¿Cómo es que había hombres para los que los ataques de ansiedad eran pura rutina? Que los dejaban pasar y que después continuaban la actividad que tenían entre manos. Los hombres no hablaban mucho de los ataques de ansiedad. Más bien los ahogaban en alcohol. El macho ibérico, por descontado, no los sufría. Eran las mujeres, las mujeres actrices, las

que convivían con los ataques de ansiedad como quien convive con una enfermedad crónica. Él, ahora que pensaba en ello, no sabía nada de la ansiedad. ¿Era una enfermedad? ¿O quizá era el preámbulo, el preestreno de la enfermedad? Hasta ahora creía que la ansiedad era el nudo en el estómago de cuando subía el telón. Eran los otros, los actores histriónicos, desequilibrados.

Ahora el desequilibrado era él. Estaba mareado, tal vez a causa de la respiración entrecortada. O quizá no le llegaba suficiente oxígeno al cerebro. La psicóloga debió de notar su paso oscilante, porque lo cogió de la mano. Antes le había pedido permiso: o era muy educada o no quería asustarlo.

—Te cojo la mano, ¿de acuerdo?

Así habían entrado en el Teatro Romea, cogidos de la mano, como si estuviera convaleciente y no pudiera valerse por sí mismo. Por suerte, aún no había espectadores. Se dirigieron al bar, él pidió un agua, pero fue incapaz de tomar un sorbo. Su actitud era de perplejidad. ¿Tan grave era aquello? ¿Tan frágil era él? ¿Dónde estaba su firmeza ante la adversidad? La firmeza del hombre que no perdía los nervios antes de un estreno, cuando toda la compañía estaba histérica.

Los siguientes minutos habló ella, con suavidad, casi con ternura. Fue entonces cuando le explicó que procederían de la misma manera que en el caso de que tuviera miedo a volar. El tratamiento se llamaba cognitivo-conductual. Pasearían por el escenario, aprovechando que aún no había ningún espectador. Él no tenía que preocuparse por nada; ella estaría a su lado en todo momento. En otras cir-

cunstances él habría pensado: «Qué creído se lo tiene esta mujer, que está convencida de que con ella al lado se me pasarán todos los males». Pero entonces se encontraba atezado por el miedo.

Pasaron por el escenario, donde solamente estaba el técnico de iluminación preparando la luz rabiosa de la primera escena, que transcurre en una playa de la Costa Azul. Fueron al camerino, que debía de ser el primero que ella pisaba en toda su vida, ya que dijo que las bombillas blancas de los espejos eran como las de las películas. Iba soltando comentarios de este tipo —«¿Vosotros os maquilláis?»; «¿No tenéis maquilladora?»—, como si quisiera distraerlo de sí mismo, de sus pensamientos ansiosos. Aun así, eran comentarios sinceros: una mujer de una edad indefinida de entre treinta y cinco y cuarenta años que no había perdido la capacidad de sorpresa.

Cuando llegó el momento de empezar la función, como ella no podía seguir a su lado («Quedaría muy bien a tu lado, mientras actúas —dijo con sorna, para quitar hierro a la situación—; teatro experimental, podríamos llamarlo»), pactaron que se sentaría en primera fila. Justo en el centro, al lado del pasillo, en la butaca número dos, que se veía desde cualquier punto del escenario.

—Creo —le dijo con aquella educada contención suya, con modestia, como dejando claro que no quería colgarse ninguna medalla—, creo que el hecho de saber que puedes contar conmigo, pase lo que pase, te ayudará a hacer la función.

Y así había sido.

La psicóloga Llort, la espectadora Llort.